

Héctor Sevilla Godínez, *Contemplar la nada: un camino alternativo hacia la comprensión del ser*, México, Plaza y Valdés, 2012.

EDUARDO GONZÁLEZ DI PIERRO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*Aquí. Trepado en la cima de la nada
de pronto recibo la llamada de la muerte.
Que por demás me avisa pasajera que no es nada.
Nada más que la ausencia de la nada.
Nada más que la ausencia de la misma palabra.
Nada más y simplemente que la nada.*
Giannina Braschi, *El Imperio de los Sueños*.

La música es el espacio entre las notas.
Claude Debussy.

Me permito iniciar la reseña de este libro, pro-vocador, con-vocador, invocador y e-vocador, parafraseando a Ortega y Gasset en su *Origen y epílogo de la filosofía* diciendo, “¿y ahora qué más? Héctor Sevilla ha acabado de hacer pasar ante nosotros la accidentada película que es la historia de la nada. Ha cumplido su tarea ejemplarmente”. Claro, Ortega se refería a Julián Marías, que era su discípulo, yo me refiero a Héctor que es colega y amigo; Ortega habla de una película accidentada, ésta, sin duda, también lo es, pero el tema fílmico, el de la historia de la filosofía, en el caso orteguiano, es más conocido, mientras que el caso “sevillano”, desde luego, es un tema infinitamente menos tratado y, *stricto sensu*, el libro que ahora comentamos no es *solamente* la historia de la Nada —aunque también lo es— como tendremos ocasión de ver.

Pero a los nihilistas más radicales y amargos de las postrimerías del siglo veinte, que siguen entre nosotros en estas primeras décadas del veintiuno, desde ahora les digo que no esperen del libro de Sevilla una apología de un nihilismo desencantado, al menos no de ese depositario del sinsentido

que ante una supuesta “afirmación de la nada” por una inexplicable fobia a la metafísica y a cualquier forma de trascendencia, llevó a varios de los intelectuales de la postguerra a extender certificados de defunción a diestra y siniestra de todas las formas de la cultura que se les vinieron a la mente, desde la religión, desde luego, hasta la propia filosofía, pasando por el arte, la historia, el sujeto, etc. Desde luego, en toda la primera parte del grueso volumen, hasta la página 97, esto es, más de una cuarta parte, efectivamente, se da una reconstrucción histórica de las diversas concepciones de la Nada, no sólo en la tradición de la filosofía occidental, y esto hay que subrayarlo muy bien, sino también en el recorrido del pensamiento oriental, enfáticamente la escuela de Kioto; lo que es particularmente interesante es que el itinerario histórico es, digámoslo así, un *excursus* pretextual que Héctor Sevilla elige para dar cuenta de cuáles son, de cuáles han sido las principales fuentes de que se nutre su propia comprensión de la Nada y el concepción que él mismo nos ofrecerá generosamente en su escrito.

Ahora bien, desde luego que la posición de Sevilla es nihilista. Pero es mejor decir, ya desde ahora, y adoptarlo así, con el neologismo que él mismo utiliza, que su posición es *nadante*. No es lo mismo. Y es que de este modo se desmarca de una tradición en que el término tradicional *nihilista* expresa una posición que, me parece, no es a la que se adscribe nuestro joven autor *stricto sensu*, al menos no en el sentido ya descrito de nihilismo, porque, aun cuando se declara abiertamente de acuerdo con la posición de Vattimo, me parece que es respecto de cierta interpretación sobre el nihilismo que el propio Vattimo ha declarado y que, justamente, no es la que normalmente se considera como ese nihilismo al que no corresponde ningún tipo de análisis filosófico que desemboque, como es el caso de Sevilla, en ese camino alterno hacia la comprensión del Ser, tal como reza el importante subtítulo porque, efectivamente, no se trata de Contemplar la Nada a ultranza hasta que esta contemplación se convierta en idolatría, tal como sucedió en el caso del concepto de razón en la filosofía occidental que, una vez instaurada prudentemente por la Antigüedad clásica y el propio encuentro con la filosofía cristiana, se fue ensoberbeciendo cada vez más con el advenimiento de la modernidad, en donde fue paulatina e insidiosamente deviniendo

de razón teórica hasta razón absoluta, todavía en ámbito filosófico, pero transmutándose teratogénicamente en razón instrumental, pasando hacia un campo que ya no era el matricial que le dio nacimiento y que le ha hecho, entonces, incluso, renegar de él, siendo ésta una razón usurpadora, la racionalidad tecno-científica. Igual podría pasar con la Nada, y no es, seguro estoy luego de leer su libro, lo que Héctor Sevilla se augura.

Por eso, es para él muy importante establecer la diferencia entre la concepción de la Nada y términos derivados que le son asimilables, semejantes, cercanos, pero nunca sinónimos; y en este sentido me parece importante destacar el excelente excursus de nuestro autor para distinguir entre Nada y Nihilismo, a propósito de lo que señalábamos líneas arriba. Desde luego que la relación es estrecha, pero aun concediendo el que, como lo señala Sevilla, el Nihilismo es una “forma de apreciar la Nada”, habría que decir, además, que hay de Nihilismos a Nihilismos, es decir buenas y malas formas de apreciación de la Nada, diría yo. Porque los agoreros contemporáneos de la negatividad por la negatividad misma no le hacen ningún favor a la Nada, al contrario, se encuentran en las antípodas de la propuesta que aquí emerge poderosa, pues Sevilla, luego de completar su distinción entre la Nada y otras concepciones análogas de una manera finísima, casi tejiendo con sutilísima filigrana el fundamento de lo que luego vendrá y, dicho sea de paso, con gran coherencia, porque esta filigrana resultará prácticamente invisible, casi una nada..., luego de esto, decía, procede a la que, a mi juicio, es la parte más filosófica de esta obra, el núcleo y la parte central de la propuesta, además de ser –y esto podría ser fortuito, no lo sé– aquella con la que tengo mayores afinidades y filias, aunque también con límites. Anticipo que las provocaciones mayores en el sentido de disensión se me agolparon a partir del estudio de la última parte, esto es los últimos dos capítulos.

Así, el hermoso título del capítulo III, *El Ser de la Nada y la Nada del Ser*, medio sartreano, en su enunciación, medio heideggeriano en su contenido, kitariano en su profundidad, pero a mi juicio fenomenológico en su trasfondo –quizá a pesar del autor mismo– constituye ya la propuesta central sobre la Nada sevillana. Deseable, desde luego, pero imposible detenernos aquí

en cada uno de los subapartados del capítulo que corresponden a sendos “atributos” de la Nada (no, no es paradójico que, bajo la óptica de Héctor, la Nada tenga atributos), de tal manera que me detendré en alguno que he elegido por ser de mi preferencia teórica y haberme parecido también fecundo y aportativo en relación con las discusiones filosóficas de relevancia contemporánea.

Así, aunque la caracterización de “la Nada como No Deidad” es, desde luego, muy interesante y provocativa, tendré ocasión de discutir un poco sobre esto a propósito de cierta discrepancia que mencionaré en la parte final de esta presentación. Importantísima la consideración de “la Nada que contiene al Ser”, porque aunque el apartado es breve, podría muy bien representar la síntesis no sólo del capítulo sino del libro mismo, de la propuesta, de la posición de mi colega y amigo. Y es que la Nada es, nada más ni nada menos (!), el fundamento ontológico. El Ser no es posible sin la Nada, de acuerdo con la tesis expuesta por Sevilla. Por eso su visión no es la del nihilismo, digámoslo así, “tradicional”, desencantado. Por eso se trata de un camino alternativo a la comprensión del ser. El camino alternativo se pavimentará a partir de este principio, esto es, en palabras del autor mismo: “Esta Nada, si es el fondo en el que surge el Ser, también sigue siendo el fondo en el que el Ser es, una vez originado” (p. 149). Claro, esto debe suponerle, pienso, no pocos dolores de cabeza a Héctor, como lo reconoce, y no tan implícitamente tanto en este propio apartado, así como en el anterior al que hacíamos referencia “la Nada como no Deidad”, que ya comentaremos luego. Otro interesante rasgo definitorio que destaca magistralmente Sevilla es “la Nada atemporal”. Yo sintetizaría la atemporalidad de la Nada como un atributo inmanente de ésta. Sevilla lo considera una consecuencia de un carácter que ya había él destacado precedentemente, el de su no contingencialidad. Tal vez, pero yo creo que no es una consecuencia de ello. La Nada es atemporal por su propia Naturaleza de Nada. La insistencia de Sevilla a relacionar esto con el problema de Dios y la creación, desde la primera lectura del libro, en su versión electrónica, me empezó a despertar suspicacias y, a mi juicio, me pareció innecesaria pero, otra vez, sobre ello hablaremos un poco al final, pues no es mi propósito, al menos no inicial,

establecer un debate al respecto sino, efectivamente, presentar y comentar un texto inteligente, que es a lo que se me ha invitado, pero un texto que da qué pensar y abre vías para debates y diálogos ulteriores, uno de los cuales es el que suscitó en mí alguna de las consideraciones finales.

Un reconocimiento muy interesante y autocrítico del joven filósofo, dentro de este nuclear tercer capítulo se ilustra con esta cita: “finalmente, en ánimo de congruencia con lo expuesto hasta ahora, hay que reconocer que la Nada es más que lo dicho. Debo asumir que los párrafos anteriores no son más que un fallido, de por sí, intento por nombrar lo innombrable, por desentrañar lo que sólo es entraña y que no es nunca sacado a la luz” (p. 162). Quizá el juicio crítico dirigido a sí mismo por parte de Héctor es demasiado duro, pero a mí me da la ocasión de, en todo caso, señalar que, por ello, en la parte histórica, inicial, aun reconociendo que, por supuesto, es imposible incluir a todos los autores o corrientes de pensamiento, se extraña en el subapartado correspondiente al Pseudo-Dionisio Aeropagita, donde creo que, luego de Plotino y antes del Meister Eckehart, que es objeto de un estupendo tratamiento por parte de Sevilla, podemos encontrar un rico filón para pensar el concepto de Nada en la Antigüedad, asociado directamente a su apofática, su célebre teología negativa y los *Nombres de Dios*.

Volviendo al momento en que nos quedamos un poco antes, el tercer capítulo concluye con una propuesta muy concreta, que es la aplicación, en ámbito antropológico, de esos rasgos definitorios de la Nada. ¿Qué concepto de ser humano surge luego de comprender y, por así decir, “aplicar” esta perspectiva de la Nada que Héctor Sevilla ha reconstruido, asumido y propuesto? Estamos de acuerdo con él en que, inevitablemente, supone un cambio de paradigma antropológico. En lo que podemos discrepar es en este cambio de paradigma, pero de que lo supone, lo supone. O podemos discrepar, como en mi caso, en algunos puntos.

Concordamos, por ejemplo, en el hecho de que la asunción de la Nada bajo esta perspectiva implica la imposibilidad de un conocimiento “verdadero” y un contacto real y de supuesta objetividad con nuestro entorno; por supuesto que esta imposibilidad ya había sido formulada, pero que la fundamentación sea cierta concepción de la Nada aplicada al ser humano

es algo verdaderamente novedoso; lo mismo que el lúcido subapartado titulado “el hombre finito”, ejemplo preclaro y límpido, lo digo con estas palabras y creo no exagerar, de síntesis, claridad y profundidad: en tres breves párrafos de siete líneas en promedio expone el problema de la finitud humana, problemática, lo sabemos, central en buena parte del pensamiento del siglo XX, a partir de su concepción de la Nada, destacando de ésta su atributo de eterna permanencia como trasfondo que enfatiza, por tanto, la ya de por sí fuerte característica de la finitud humana. Esta posición, además, no se contraponen con quienes disintimos con la posición de Sevilla que niega una trascendencia absoluta referida a Dios. Es decir, concuerdo plenamente en que todo lo humano es finito, como él escribe, y que lo único que permanece es la Nada, aunque yo sí creo en el “Santa Claus de los adultos” como llama Sevilla a Dios más adelante. No hay contraposición. Al menos no aquí, en este apartado. Porque los seres humanos, sea Héctor Sevilla, Nadante, o Eduardo González, creyente-en-“Santa-Claus-de-los-adultos” (es más, el “Santa Claus de los filósofos”), se saben completamente finitos y conscientes de que “no hay algo más seguro para el hombre que su propia muerte”; ya qué pase después de eso, ni Héctor ni Eduardo lo saben, aunque Héctor quizá haga trampa y diga: “No pasa Nada, hombre...”

Y ya voy hacia el final. Sevilla concluye su libro con dos capítulos, el IV y el V donde, por decirlo de algún modo, “lleva agua a su molino”, en el sentido de que pone en juego su formación integral que no se limita al puro campo conceptual del filósofo, que ya demostró con creces en toda la parte inicial, destacándose, como dije, en el capítulo III. Aterrizo todo el bagaje conceptual expuesto con su formación en Desarrollo Humano, su competencia amplia en investigación que involucra cuestiones de aplicación con acompañamiento de grupos, sugerencias metodológicas para estudiantes que realizan trabajo de campo en ámbitos muy diversos y que, requieren, por lo tanto, de una perspectiva teórica y conceptual sólida, y, efectivamente, un paradigma antropológico que rebase lugares comunes, repeticiones massmediáticas, modas pasajeras, etc. Interesantísimo es su planteamiento de una posible liberación humana a partir de la Nada. Y aunque Sevilla justifica muy bien el que no se enfrenta directamente ni

contradice la posibilidad de una vida espiritual ni de una fe, su recalcitrante ataque a la idea de Dios, como idea, raya en lo visceral. Y es que, en las densísimas cavilaciones del colega, de gran profundidad, sin duda, alcanzo a entrever una contradicción porque deplora, por un lado, la religión porque “puede envenenarlo todo, pues implica una idea univocista por excelencia: la de Ser Absoluto” (p. 228), aunque luego se confiesa seguidor de Pannikar, matizando que “siempre y cuando aceptemos que la afirmación de la Nada *es* una relación con ella (o el reconocimiento de esa relación innegable) y, en ese sentido, es un volver a ligar al hombre con la Nada y no con la idea de Dios” y finaliza diciendo “despidámonos de nuestras figuraciones de Dios para dar la bienvenida a lo Absoluto de la Nada” (p. 231). El caso es que, sea el Ser o la Nada, hay un absolutización metafísica, inevitable, innegable, que es un impulso humano. Es una re-ligación. El ateísmo religioso es religión. Es verdad que no se adscriba al filón de las religiones positivas y quizá no incurra tan fácilmente en los vicios en que históricamente éstas han caído. Muy bien. Pero no veo por qué no se pueda transitar de la propuesta crítica de Sevilla a un “fanatismo Nadante” que tenga sus fundamentalismos, sus radicalismos, sus malinterpretaciones, sus herejías, etc.

Igualmente, sólo para señalar algunos puntos de discrepancia y apuntalar lo que yo al principio expresaba respecto del carácter provocador y otros derivados de la forma vocativa de este libro, lo cual quiere ser un elogio al fruto de un pensamiento verdaderamente crítico, fecundo y creativo, no estaría muy de acuerdo con el subapartado denominado “La Nada y la liberación del esquema familiar”, donde la tesis esencial se enuncia inmediatamente al señalar el autor que “La familia es una estructura sobrevalorada”. Si bien sus argumentaciones son muy interesantes y no están exentas de puntos de razón, se van debilitando en lugares comunes o afirmaciones temerarias que parecen el producto de vivencias personales que se vuelven generalizaciones. Por supuesto que no es aquí la sede idónea para polemizar con puntos de concordancia o divergencia (ya tendremos ocasión de dialogar y discutir profusamente él y yo, espero, los interesantes y profundos contenidos de este libro), me interesa sólo mostrar la riqueza de un libro que es filosófico porque permite diferentes niveles de apreciación,

donde lo importante es que, siguiendo a Ricoeur a propósito del símbolo, “nos da qué pensar”. Conuerdo con la valoración de otros colegas que han tenido la fortuna y el gusto compartido de leer esta misma obra en el sentido de constituir un trabajo comprometido que permite una visión distinta, alterna, justamente, como enuncia el subtítulo, para acceder al Ser. Quien, como yo, es admirador de la fenomenología, y en particular del trabajo filosófico de la gran pensadora Edith Stein, discípula preclara de Husserl, no puedo más que asociar la idea que hay detrás del texto de Héctor Sevilla con el de la obra cumbre de la filósofa, *Ser finito y Ser eterno*, cuyo subtítulo es, nada menos, “una ascensión al sentido del ser”. Héctor hace lo mismo, sólo que lo hace de una manera nada fácil, como lo dice Jorge Luis Borges en uno de los sonetos que le dedica a Spinoza: “desde su enfermedad, desde su Nada, sigue erigiendo a Dios con la palabra, el más pródigo amor le fue otorgado: el amor que no espera ser amado”.

¿Y qué más? Pues nada más. O mejor dicho, “más nada”. Concluyo con las palabras de un proverbio español que dice: “Nada con Nada, total, Nada”.

